

JORNADA CAUSA CLÍNICA 2013

Título “Hacer nada, no es hacer nada. Lo que propicia la paradoja”.

Autora: Berliner, Laila.

Abstract:

“Hacer nada es hacer mucho” fue la marca de una supervisión que se hizo posible porque allí se cuenta con alguien que puede intervenir para producir la división subjetiva de quien se ofrece para soportarla. Estas ideas serán las que intentaré recorrer tomando un ejemplo clínico que ilustra las disyuntivas en las decisiones en la interacción con la escuela.

“Hacer nada es hacer mucho” me llevó tiempo después a pensar su fundamento teórico: “dar lugar al intervalo” en el docente como condición para favorecer la emergencia de las herramientas en cada sujeto / alumno.

Qué tengo que hacer?...No sé qué hacer... y muchas veces... qué hice?? Algo ya fue hecho y el cuerpo quedó inquieto. La pregunta ya no refiere al Otro, a los otros o a la búsqueda agitada por no saber qué hacer, sino es una vuelta sobre uno mismo, a la implicación y a la propia posición. Es intentar dar lugar a un engranaje que hay que construir, para que un “saber hacer” emerja de una práctica articulada, pensada y orientada.

Si cada tanto quien hace semblante de un rol, dentro de un dispositivo, puede hacerse una pregunta ya no desde el semblante sino desde su propia división subjetiva, podrá quizás hacer que algo de la falta pueda tener lugar en los otros y desde allí introducir la experiencia del intervalo. Si eso se produce, será un buen auspicio para que a su vez sea el docente, director, quien pueda hacer lugar a una pausa y permitirle al niño que encuentre su propia forma de engancharse en el intervalo. Dado que el sujeto siempre está en un

“entre” de significantes, hacer lugar al intervalo permite la producción de un *vacío creador*. El sujeto se inventa a sí mismo allí, en tanto es, lo que un significante representa para otro significante, o bien cuando se encuentra dividido entre enunciado y enunciación. “Hacer lugar al intervalo es saberse uno mismo abertura, y es también recuperar la contingencia del encuentro”¹

La eficacia de lo que ocurre en un tiempo posterior en el dispositivo de la supervisión, produjo en mí un sentido articulable a aquello que en un primer momento, (en el tiempo que aconteció) me dejó sorprendida, casi como suspendida y claramente sin saber qué hacer. Pero algo hice, porque si de semblantes se trata, algo hay que hacer. En ese primer momento dejar pasar el enojo, despegándome así del eje imaginario. Un tiempo después, cobró un nuevo sentido: hacer nada, en este caso fue hacer mucho. J A Miller toma una cita de Lacan en “Los usos del lapsus”: “solo estás hecho de eso, de esas manifestaciones contingentes, de esas pequeñas interrupciones, esas pequeñas discontinuidades...”²

La pregunta que me llevó a pedir una supervisión: ¿Qué se esperaba de mí? ¿Cómo responder a un pedido de una escuela cuando me enoja lo que han hecho?

Acerca del caso que despierta mi pregunta:

Naty es una nena de 11 años quien viene a tratamiento hace ya un tiempo largo, lo que me permitió tener varias charlas con la escuela. Siempre me dio la impresión que no creen mucho en ella. Naty fue adoptada al año y medio. En la escuela, parece que el saber se le escurre. Al relatar hechos presenta algunas dificultades en la ubicación de tiempos y espacios. Se presenta como una nena mucho más chica de lo que es; habla como una beba y se viste como una adolescente. Tanto en la casa como en la escuela refieren que miente mucho, roba algunos objetos sin hacerse cargo nunca de lo que hace.

Sucedió que un alumno de otro grado falleció, tras una larga enfermedad. Naty al enterarse le dijo a la madre que se sentía aliviada porque de esta manera el nene no sufriría más. En

¹ Gabriel Belucci “Hacia una estética del intervalo”. Imago Agenda N157

² Miller, J.-A.: *Los usos del lapsus*, Paidós, Bs. As., 2004, pág. 105. Clase del 15 de diciembre de 2000

ocasión del velatorio al que todos los chicos fueron, Naty comparte esto mismo con sus compañeros a quienes les manifiesta su alivio. Hecho que se repite en sesión, donde vuelve a manifestar su alivio.

Unos días después recibo en el consultorio, de mano de Naty, una carta que escribieron desde la escuela para los padres y que Naty quería que yo la leyera. La carta decía más o menos lo siguiente: “Ocurrió una situación muy desagradable (...) una nena fue acusada de decir ‘yo quería que el chico se muriera’ (...) rastreando como había surgido, fue Naty quien lo dijo a los chicos y padres en el velatorio (...) le pedimos que viniera a Dirección y Naty pudo decir que inventó que los dichos fueron de otra nena, para perjudicarla (...) cabe aclarar que esa nena ni siquiera fue al velatorio”. Continúa la carta diciendo: “Como Naty no se encontraba en situación de pedir perdón a ambos grados por haber hecho circular esa falsa información yo (directora) lo dije frente a ella.” Y finaliza la carta solicitándoles a los padres que me transmitan todo para que yo pueda “conversar con Naty sobre lo ocurrido.”

Recordemos que fue Naty quien me da la carta, no sus padres. En esa sesión, por primera vez, Naty dijo con voz de ‘grande’, permitiéndose cierta angustia, mostrándose comprometida con lo que sentía y pensaba: “estoy triste porque se murió un chico de mi escuela. Igual yo le dije a mi mamá que por ahí es mejor, para que no sufra más”. Le dije que yo estaba de acuerdo con ella. Que es muy triste todo lo que pasó y que aquí podíamos hablar de lo que ella sentía. Continuó un rato más con el relato y manifestó no entender lo que decía la carta. Le confieso –gesticulación de desconcierto mediante- que yo tampoco.

Apenas finalizada la sesión se me presentó un dilema: Llamo o no a la escuela? Mejor no. Dejé pasar unos días para “bajar un poco y pensar”. Bajar me permitió pensar y pensar posponer. Hasta que sucedió lo inesperado: Recibo el llamado de la psicóloga del gabinete de la escuela de Naty. Pasé los primeros minutos de la conversación hablando sin decir nada mientras que buscaba en mi cabeza una salida. No la encontré pero tomé una decisión. Primero le pregunté si ella estaba en conocimiento de la carta. Me respondió que no. Opté por leérsela para que pensemos juntas. Al escucharla se sorprendió mucho. Le dije solamente que los entendía, que la escuela no siempre sabe lo mejor para hacer en

situaciones de duelo. Que entendía que a veces las cosas se ponen difíciles. Saludé, corté y me pregunté: Qué hice?

En supervisión le encontramos un nombre: Hacer nada. No es *no hacer*, es justamente *hacer nada*. No responder al lugar al que el otro me convoca. Hacer nada moviliza, abre allí otro intervalo, necesario, aún fuera de cálculo. Citando a Lacan "Las casualidades nos empujan a diestra y siniestra, y con ellas construimos nuestro destino, porque somos nosotros quienes lo trenzamos como tal".³

Del caso aprendí que hacer nada es hacer mucho; pensar los lugares, mi función y a qué fui llamada. Un cálculo: desenojarme. Una decisión: hacer nada. Ello permitió intervenir a favor del sujeto y no en su defensa.

Para finalizar, una cita del poeta Mallarme, S.: "el acto... es lo que deja huella. Pero no hay huella sin lenguaje: el acto es legible como tal (es decir, como efecto de la realidad) solo en el contexto en el cual se inscribe. El acto es, por lo tanto, una especie de escritura en el real: "tu acto se fija siempre al papel. No hay acto sin inscripción en el lenguaje".

Ahora mientras escribo, Naty, me hace pensar que veces el acto de uno introduce el intervalo en los otros.

³ Lacan, J.: *El Seminario, Libro 23, El sinthome*, Ed. Paidós, Bs. As., 2006, pág. 160. Conferencia "Joyce el síntoma", dictada el 16 de junio de 1975.

